

# Vírgenes y herejes

Javier Nuñez

I Premio Nacional de Novela Corta  
"CIUDAD INCONTRASTABLE 2011"



BISAGRA EDITORES



# Vírgenes y herejes

Javier Núñez



Javier Núñez

# Vírgenes y herejes

**BISAGRA EDITORES**

Huancayo-Perú

Primera edición  
Huancayo, Noviembre 2011

© Vírgenes y herejes / Javier Núñez  
dorianjavier23@hotmail.com  
javiernc.jimdo.com

Todos los derechos reservados: queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra bajo cualquier modalidad o procedimiento electrónico, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

Dirección editorial	: Jorge Salcedo
Editor	: Juan Carlos Romero
Jefe de publicaciones	: José Luis López
Jefe de publicidad y ventas	: Gabriel Gilvonio
Diagramación	: Miguel Pilco

© Bisagra-Editores  
<http://bisagra-editores.blogspot.com>  
[bisagra-editores@hotmail.com](mailto:bisagra-editores@hotmail.com)  
RUC: 10415369021

Jr. Moquegua N° 390 El Tambo – Huancayo  
Teléfonos: 964-296778 / 957-600793

Impreso en el Perú / Printed in Peru

En la ciudad de Lima, el 21 de octubre de 2011, el jurado — presidido por el escritor Carlos Calderón Fajardo y compuesto por los escritores Julián Pérez y José de Piérola— otorgó el I Premio Nacional de Novela Corta “Ciudad Incontrastable-2011”, a *Virgenes y herejes*, de Javier Núñez, por *su originalidad en el tratamiento de un tema nacional con recursos técnicos novedosos que lo acercan a las preocupaciones contemporáneas de la novela latinoamericana.*



*A Filomena y Adolfo,  
quienes desprenden un minuto de sus vidas  
para sujetar los huesos de mi cuerpo.*



# PRIMERAS NOTICIAS



Enrique Beltrán fue quien me habló por primera vez sobre la existencia de *Virgenes y herejes*, un libro que narra la historia de tres sujetos sacrofílicos que *boicotearon* la Festividad de la Virgen de la Candelaria, profanaron templos cristianos, torturaron a los curas y mantuvieron relaciones sexuales con los santos y las vírgenes. Es un libro no apto para católicos, dijo Enrique desde el otro lado del teléfono, la religión cristiana prohibió su circulación; sólo se conserva un ejemplar. ¿Cómo lo consigo?, pregunté lleno de curiosidad. Sé dónde está. ¿Dónde?, volví a preguntarle. Hubiera hecho cualquier cosa por conseguir aquel libro... Tendría que decírtelo personalmente, dijo Beltrán. Está bien, repuse, nos vemos en La Casa del Abuelo.

Mi nombre es Christopher de la Riva, tal como consta en mi partida de nacimiento... No llegué a conocer a mi madre, porque había sido asesinada a mis dos meses de vida. Según mi abuelo materno, el que la mató a balazo limpio fue un joven que iba a ser mi padre. No quisieron darme más datos al respecto. No encontré ninguna explicación de la tragedia: ¿por qué la habría matado?, ¿cuáles habrían sido los motivos? Siempre tuve la curiosidad de conocer las causas del crimen... El asesino —o sea mi presunto padre— desapareció del país. Era acusado de varios crímenes. De manera que tampoco llegué a conocerlo...

En realidad no se sabía quién era mi padre... Fueron mis abuelos quienes me criaron desde mi nacimiento. Debí de haberles causado mucho trabajo; ahora estoy agradecido infinitamente... Mi abuela solía recordar a mi madre con nostalgia: Era bonita, alegre; lo que no me gustaba era su costumbre de salir con varios chicos a la vez... Coleccionaba las fotos de sus enamorados. En ese plan conoció a un asesino esquizofrénico, quien la mató sin piedad alguna...

A mis diez años empecé a leer literatura. Para mi suerte, el abuelo tenía una buena biblioteca. Si no hubiera sido abogado, hubiera sido escritor, solía decir. Un día le pregunté si alguna vez había escrito algo. Quise escribir una novela, dijo, pero nunca me di tiempo para hacerlo... Yo más bien estaba decidido a ser escritor, pasara lo que pasare... A mis diez años dije, quiero ser escritor, motivado, quizá, por las primeras noticias que tuve de Vargas Llosa. Empecé a leer todo lo que caía en mis manos. Mi primera lectura decisiva fue la *Biblia*. Cuando cursaba estudios superiores decidí dedicarme a la literatura en tiempo completo. Mi primer plan fue no tener hijos ni casarme..., quise vivir exclusivamente para la literatura... Leí con devoción a García Márquez, y me declaré discípulo suyo. Años después me sumergí en el mundo maravilloso de Roberto Bolaño, y me consideré seguidor suyo.

A mis diecinueve escribí mi mejor cuento, *Hotel La Plaza*, inspirado en *Conversa*, de Mario Benedetti, con el cual gané un concurso en Lima. La noche que me premiaron me creí inmortal y me convencí de que ser escritor significa haber llegado al más alto nivel de inteligencia... Mi abuelo lo celebró por varios días, y estuvo orgulloso de mí. Has heredado mi vocación

literaria, solía decir... Ahora me siento feliz de saber que fui su nieto más querido...

Por esa época leí *Bartleby y compañía* de Enrique Vila-Matas. Después de la lectura caí en la cuenta de que mi abuelo era un bartleby, es decir, uno de esos seres que no escriben, o en el mejor de los casos, publican un libro y no vuelven a hacerlo. Por mi parte, me consideré otro bartleby, porque hace cuatro años no publicaba nada. Escribía algunos cuentos que nunca los acababa o los corregía. Es más, hace cuatro años venía buscando un tema para escribir mi primera novela. No lo encontraba por ningún lado. Quizá estuve equivocado, porque, como dice Borges, el escritor no debe buscar el tema, más bien éste debe buscar a aquél...

Una tarde, en un desvarío literario, desde la azotea de mi departamento, grité a los cuatro vientos, soy un bartleby. Por la noche llamé a Vila-Matas con la intención de decirle que me apadrine. Por supuesto que no me contestó sino una voz femenina. Disculpe, ¿con el señor Vila-Matas? Número equivocado, me contestó fríamente... Luego revisé las llamadas recientes en mi móvil: figuraba el nombre de Vilma Tania. No supe cómo llegué a tener su número (no la conocía), supuse que algún amigo me lo había pasado... Una hora después volví a llamarla. La muy bandida cedió terreno. Concertamos una cita en un conocido bar de la ciudad. No tenía dinero para invitarle un café por lo menos. Así que rematé en la *cachina* una casaca que mi primo me había regalado y con esa plata acudí a la cita... Cuando entré en el bar me fijé rápido en la única mujer sentada. Me acerqué a su mesa con los nervios de punta. ¿Vilma?, le pregunté. Sí, me dijo. Después de sentarme llamé al mozo y le pedí dos vasos de pisco sour. No te has presentado, me dijo. Soy

Christopher de la Riva. ¡Ah...!; ¿y el nombre te lo puso tu mamá o tu papá? Ninguno de los dos...; fue mi abuelo. ¿Sabes?: me gusta tu nombre. Luego de sorber el licor preguntó, ¿a qué te dedicas? Soy bartleby. En cristiano, por favor. Soy escritor. No hizo ningún comentario, creo que no lo entendió. Así que hablamos de cosas banales y bebimos varios vasos de pisco. No sé por qué, creo que por curiosidad, le dije indirectamente que la deseaba. La muy bandida me dejó perplejo con una proposición más directa, vamos al hotel... En efecto, sin perder más tiempo fuimos y retozamos en la cama hasta el amanecer. Por mi parte, demostré mi poderío en la cancha y jugué hasta el último minuto. Hice todos los goles posibles. Por su parte, comprendió qué era en realidad hacer el amor. Dijo que nunca había experimentado esas sensaciones placenteras ni había llegado al orgasmo. Será por eso que empezó a respetarme. Mi buen escritor, dijo, lo haces como los dioses. La muy bandida quiso casarse conmigo. No quiero ser tu amante, dijo, quiero estar todas las noches en tu cama. Claro que no me casé, porque debía estar libre para dedicarme del todo a la literatura... Aún estaba en el hotel con ella cuando recibí la llamada de Beltrán. Oye tío, dijo, hay un libro diabólico que te puede gustar. ¿De qué libro estamos hablando?, pregunté. Es un libro no apto para católicos, dijo Enrique desde el otro lado del teléfono, la religión cristiana prohibió su circulación; sólo se conserva un ejemplar. ¿Cómo lo consigo?, pregunté lleno de curiosidad. Sé dónde está. ¿Dónde?, volví a preguntarle. Hubiera hecho cualquier cosa por conseguir aquel libro... Tendría que decírtelo personalmente, dijo Beltrán. Está bien, repuse, nos vemos en La Casa del Abuelo.

Después de entrar en el bar me senté a la barra, pedí cigarrillos importados y esperé a Beltrán. De pronto vi a una pareja dos mesas más allá. La chica me pareció algo aceptable, es decir, reunía los requisitos mínimos. Pero no la deseé. Creo que ella más bien me deseaba, porque a cada rato me miraba con ojos de gata en celo. Quiere que le den *trámite*, me dije. Creo que se dio cuenta su enamorado, un tipo medio moreno y nada galán. Ella me seguía mirando y el tipo aquel no soportó más los celos. Se levantó de la silla y se me acercó decidido a todo. ¿Por qué carajo mira a mi *flaca*? Con toda la tranquilidad del caso abrí la cremallera de mi casaca y le mostré el cañón de la pistola que me había regalado el buen Chiripa. En cuanto lo vio se asustó y me dijo, número equivocado; disculpe... Llevaba la pistola desde el día en que me había declarado sicario. Tenía las ganas de pegarle un tiro a la gente superflua. Esa idea se me ocurrió aquella vez que leí *La virgen de los sicarios* de Fernando Vallejo... Por fin, Beltrán apareció con varios libros en la mano. Bebimos licor preparado hablando de literatura. Beltrán —alto, delgado, con lentes— quería ser poeta. Estaba preparando su primer poemario. ¿Quién tiene el libro de que me hablaste?, le pregunté a boca de jarro. Lo tiene Jorge Herrera, dijo Beltrán, le he escuchado mencionarlo en la presentación de su poemario. Mañana mismo viajo, le dije, necesito el libro.

Al día siguiente viajé a Arequipa para entrevistarme con Jorge Herrera. Puse en mi bolsón *Soldados de Salamina* de Javier Cercas, y partí con rumbo a la terminal terrestre. Mientras caminaba sentí frío en las mejillas. Tuve que protegerme con una bufanda que me habían prestado. Al llegar compré el pasaje respectivo y abordé el bus de turno. Compartí el asiento con una señora mayor. Para no sentirme incómodo me dormí al instan-

te. Cuando desperté estábamos en Juliaca. Varios pasajeros subían y otros bajaban... La mera verdad es que volví a dormirme para no ver la cara de la señora que iba sentada a mi lado. No recuerdo lo que soñé en el viaje, que me tomó cinco horas interminables... Cuando abrí los ojos, el bus ingresaba en la terminal terrestre de Arequipa. Eran las cuatro de la mañana... No tuve otro remedio que esperar el amanecer sentado en los asientos de la terminal. Anduve un poco entre la gente y me senté al lado de una chica. Nos miramos por un momento. Por poco le dije hola, pero no lo hice. Fue ella quien inició la conversación. Disculpe, dijo, dejaré mi bolsón; me lo mira, por favor. No se preocupe. Me regaló una sonrisa y apretó el paso hacia los servicios higiénicos... Cuando regresó me dijo, gracias. De nada. Ella sonrió con cierta complicidad. ¿De dónde ha llegado?, me preguntó. De Puno, le informé, y ¿usted? De Moquegua. Me miró directo a los ojos. No pude sostener la mirada y tuve que desviarla. ¿Se queda acá o viaja a otro lugar?, volvió a preguntar. Me quedo, le dije, y ¿usted? Viajo a Lima. ¿Por motivos de estudio? No...; visitaré a mi tía. Ah... ¿Usted estudia acá? No...; vine a visitar a mis amigos poetas. ¿Supongo que usted también es poeta? No exactamente; me dedico a la narrativa. Creo que no lo entendió, porque la noté confundida a juzgar por sus ojos. Estoy escribiendo una novela, le dije. Qué bueno... De pronto anunciaron que el bus salía en unos minutos para Lima. Me voy, dijo, ha sido un gusto conocerlo. Igualmente. Déjeme su número, dijo. Lo pronuncié dígito por dígito. ¿Por quién pregunto? Por Christopher... Luego mis ojos la perdieron entre la gente. Me quedé con la seguridad de que algún día me llamaría. Tengo buenas referencias de las moqueguanas... Todavía faltaba como una hora para que amanezca. Así que aproveché el tiempo

para leer *Soldados de Salamina*... Cuando amaneció subí a la segunda planta y vi cómo el sol emprendía la marcha. A las siete desayuné en uno de los restaurantes de la terminal. Luego salí a la calle y partí para el centro de la ciudad en un taxi. Usted me parece conocido, me dijo el chofer, ¿siempre viene por acá? No siempre, le dije. Me apeé en la plaza de Armas y me senté en una banca. Desde allí contemplé a las arequipeñas guapas que iban y venían. No sé cuánto tiempo estuve sentado, lo cierto es que de pronto me encontré en la Facultad de Filosofía y Humanidades, conversando con Juan José, un amigo que cursaba la carrera de Literatura. Me comentó que estaban por publicar una revista. Me la guardas una, le dije.

Visité varias librerías del centro... En una de ellas encontré *La romana* de Alberto Moravia, en una edición de lujo... Eran las cuatro de la tarde cuando fui a buscar un hotel para pasar la noche. Encontré uno en el jirón San Camilo. Mientras pagaba el costo de la habitación vi entrar a una pareja: la mujer me pareció de unos veinticinco años; el tipo, de unos veintiocho. Ella me miró fijamente a los ojos, luego concentró su mirada en mis zapatos... El esposo no se dio cuenta; estuvo conversando con la señora del hotel... Alquilaron una de las habitaciones más caras. Escuché en silencio lo que hablaban, en tanto, la mujer me seguía mirando de cuando en cuando... Traté de eludir sus miradas, pensando que el enamorado o esposo o lo que fuera me rompería la cara por celos. Luego subieron a su habitación alquilada. La señora me pasó la llave del cuarto y subí tras ellos. Cuando abría la puerta de mi habitación vi que ella me miraba sin el esposo al lado. Pareció guiñarme el ojo izquierdo, o quizá fue producto de mi imaginación... Entré en mi cuarto y me tendí sobre la cama sin prestarle atención. No

me convenía que ella se comportara así de sospechosa, porque el tipo que la acompañaba podía ponerse celoso y pegarme una bala... Hasta que llegue la hora de la cita con Juan José me puse a leer *Soldados de Salamina*... Después de dos horas de lectura salí del hotel. Fui hacia la puerta del mercado San Camilo. Juan José demoró diez minutos en acudir. ¿Qué paso?, le pregunté. Las mujeres, me contestó. ¿Dónde nos internamos?, tú que conoces los locales. Por allá... Mientras caminamos llamé a Luis de Castilla, que radicaba en aquella ciudad. Nadie me contestó. Déjalo, dijo Juan José. Encontramos varios locales donde expedían tragos. Entraremos aquí, dijo. Era un disco-bar con mesas y pista de baile. ¿Dónde nos sentamos?, le pregunté. Juan José me señaló una mesa con dos sillas. Después de que nos habíamos acomodado, el mesero nos preguntó, ¿qué se van a servir, caballeros? Pedimos una jarra de pisco Queirolo. Mientras mirábamos los videos musicales, el mesero nos trajo la jarra de licor y un recipiente que contenía hielo. Brindaremos por la literatura, dijo Juan José... Salud, levanté la copa. Mi amigo me contó algunas de sus aventuras. Aprovecha tu juventud, le dije, vive la vida como si fuera el último día, sólo así podrás escribir algo bueno. Asintió con la cabeza y sorbió el trago. La literatura es la vida misma, le dije, es vivir otras vidas. Sí, admitió Juan José. Sin la literatura, los sueños, la ilusión, la fantasía, la vida sería aburridísima y terminaríamos suicidándonos, afirmé... Los clientes que estaban bebiendo en otras mesas se levantaron para dirigirse hacia la pista de baile. Allí demostraron lo poco y lo mucho que sabían bailar. ¿Te gusta bailar?, me preguntó Juan José. Sí, pero no mucho, le contesté. Desde nuestra mesa vi cómo las chicas movían su cuerpo escultural al compás de la música. De pronto sonó música salsa. Me levanté de la silla ante

la sorpresa de Juan José. ¿Qué vas a hacer?, me preguntó. Voy a bailar, le dije. ¿Con quién? Solo. Juan José se rió, no hagas el ridículo. Lo dejé con la risa en los labios y me encaminé hacia la pista de baile. Estuve a punto de marcar el paso cuando una chica se me acercó. ¿Lo puedo acompañar?, me preguntó. Sí, será un placer. Entonces empezamos a bailar junto a otras parejas. Miré a Juan José y advertí que estaba aplaudiendo... Aquella chica bailaba bien; tuve que hacer maravillas para no quedar mal. Luego cambiaron de ritmo. ¿Puedo acompañarla en la mesa?, le pregunté. No, mi novio llega en cualquier momento y se molestaría...; es muy celoso. Ah...; gracias por la compañía. Déjeme su número, me dijo, algún día lo puedo necesitar. Después de dictarle mi número fui a nuestra mesa donde Juan José me felicitó... Media hora después se acabó el licor. Para ese entonces habíamos terminado dos jarras. ¿Qué hora es?, preguntó Juan José. Son las doce, le dije. ¿Nos vamos o nos quedamos?, preguntó. Creo que nos vamos, le dije... Salimos medio mareados del local. Juan José se fue a su casa; yo, al hotel...

Al llegar subí a mi habitación, entré a pasos lentos y me tendí sobre la cama. Transcurridos unos minutos, alguien tocó la puerta. Me asusté sin saber por qué. No era para alarmarse; podría haberse tratado de los que trabajaban en el hotel. Así que fui a abrir la puerta con calma. Fue grande mi sorpresa. Jamás pensé que ella me visitaría a esa hora: una de la mañana en punto. Hola, me dijo. Hola, contesté. Me costó creer que ella estuviera parada en la puerta. Por un momento pensé que estaba soñando o alucinando por los efectos del trago. ¿Puedo pasar?, me preguntó. Claro que sí, le dije, bienvenida. Se sentó sobre la cama. No le pregunté cuál era el motivo de su visita, porque me di cuenta de todo en sus ojos. Desde que te conocí, dijo, hace

unas horas, en la sala de estar, me caíste bien. La escuchaba sin dejar de mirarla. Te estaba esperando; ¿por qué demoraste mucho? Fui a beber con un amigo. ¿Así?... ¿Y tú enamorado?, le pregunté. En realidad, es mi esposo, hace dos días nos casamos y ahora estamos de luna de miel. Qué bueno, dije, felicitaciones. Gracias. Y ahora ¿dónde está tu esposo? Lo dejé dormido; no te preocupes; aunque estalle el Misti, no despertará. Espero que no lo hayas matado. No, no; cómo crees. Si es así está bien, dije. Claro que está bien, afirmó ella. Por un momento nos quedamos en silencio. De pronto ella dijo, no sé qué me pasa, es como si nos conociéramos desde antes...; quizá en la vida anterior fuimos novios. Quise reírme pero no lo hice. Ven, siéntate a mi lado, dijo, no sabes cómo deseo estar contigo. En efecto, me senté a su lado. Hay algo entre nosotros, no sé qué es; ¿sabes?, me atraes desde cien metros. No creo en esas cosas, le dije. ¿Así? ¿en qué crees, querido? En la literatura. Traté de sonreír sin éxito. ¿En la literatura?, me preguntó. Sí, le dije, soy escritor. Me miró con los ojos embelesados. Sabía que eras un intelectual, dijo de pronto, quizá por eso llamas mucho mi atención... Le mostré el libro que estaba leyendo. Ella lo hojeó precipitadamente y me lo devolvió. Ay, mi querido escritor, dijo, déjame sentir el calor de tu cuerpo... Empezó a desnudarse ante mi mirada... Soy tuya, musitó. Después de los juegos previos me dispuse a viajar al infinito. De pronto ella me sorprendió con una orden, hazme el amor recitando un poema, mi querido escritor. Tuve que hacer memoria de los poemas que había leído. Sólo me vino a la cabeza *El cantar de los cantares*. Está bien, princesa, le dije. En cuanto sentí el calor de sus entrañas empecé a recitar algunos versos de aquel libro: ... *Tus caderas se incurvan como collares / hechos por manos artistas. / Tu ombligo es un cántaro /*

*donde no falta el vino con especias. / Tu vientre es como una pila de trigo. / Tus dos pechos son como crías / mellizas de gacela...* Los versos que no me acordaba me los inventé en el momento... Ella me acompañaba con sus gemidos incontrolables. *¡Qué bella eres, qué encantadora, / oh amor, en tus delicias! / Tu talla se parece a la palmera; / tus pechos, a los racimos. / Me dije: Subiré a la palmera, / a sacar sus frutos...* Luego apoyé sus piernas en mis hombros, y seguí recitando: *¡Sean tus pechos como racimos de uvas / y tu aliento como perfume de manzanas! / Tus palabras sean como vino generoso, / que va derecho hacia el amado / fluyendo de tus labios cuando te duermes...* Después del largo viaje regresamos al punto de partida. Nunca he sido tan feliz como ahora, dijo, y se vistió mientras yo descansaba sobre la cama... Ojalá nos volvamos a ver, dijo, y me miró por última vez. La vi desaparecer como a un fantasma. Sea lo que fuere, temí que el esposo llegara a enterarse de nuestra aventura...

Me había quedado dormido hasta las siete. Me levanté desesperado y me interné en la ducha... Luego salí rápido de la habitación. La señora, a quien entregué la llave, me miró con cierta curiosidad. Tuve que sonreírle como un niño inocente... Tomé un taxi y le indiqué al chofer la dirección del domicilio de Jorge Herrera, a quien conocí en Puno, cuando asistí al III Encuentro de Poetas del Sur Peruano. Me gustan sus versos, y le guardo admiración... Cuando llegué a su casa toqué el timbre. Él mismo abrió la puerta. Le estreché la mano y me hizo pasar a su estudio repleto de libros. Su esposa nos sirvió una bebida deliciosa. La degustamos con Jorge mientras me hablaba de su próximo libro. Luego le pregunté si sabía algo sobre *Virgenes y herejes*. Tengo algunas referencias, dijo, no lo he leído. Todos los ejemplares fueron destruidos. Se dice que una copia se con-

serva en la biblioteca del doctor Álvarez. Lo miré sin decirle nada. ¿Para qué estás buscando ese libro?, me preguntó. Tengo la curiosidad de leerlo...; en mis sueños mi madre me dice que lo lea... Jorge Herrera sonrió como quien no se convence... Luego me despedí y tomé un taxi hacia la terminal terrestre.

Al día siguiente llamé al doctor Álvarez, catedrático de Literatura Peruana de la universidad, para inquirir sobre *Virgenes y herejes*. Le pregunté si podía visitarlo. Te espero a las siete, me dijo... En efecto, fui a esa hora. Su nieta fue quien abrió la puerta. Pase, me dijo. Crucé el patio con árboles a diestra y siniestra. Adelante, dijo el doctor. Lo encontré sentado a la computadora. Estoy preparando diapositivas, me comentó, para una ponencia en la universidad. ¿Quieres servirte vino? Sí, le dije. El doctor se levantó de la silla y entró en el cuarto contiguo. Después de unos minutos regresó con una botella y dos vasos. Sírvete, me dijo. Él se sentó en la silla y siguió diseñando las diapositivas. Cuéntame, ¿qué estás escribiendo ahora? Pienso escribir una novela, le contesté. El doctor se sirvió el vino. Si quieres, dijo, te cuento mi vida y la escribes. Sonreí mientras recordaba sus aventuras eróticas cuando era joven. Ninguna mujer —que le gustara— escapó de sus garras... En realidad, su vida era novelesca en todo el sentido de la palabra. ¿Qué libro estás leyendo?, volvió a preguntar. *Los detectives salvajes* de Roberto Bolaño, le dije, es un libro genial; quiero escribir algo así... Y fuimos bebiendo el vino en sosiego. El doctor hizo los últimos retoques a las diapositivas antes de dejarlas listas para el día siguiente. Luego apagó la computadora. Vamos a la biblioteca, dijo. Se levantó con cierto esfuerzo y caminó seguro de sus pasos. Lo seguí con la botella en la mano. La biblioteca del doctor era inmensa... Siéntate, me dijo, no todos tienen el privilegio de en-

trar en mi biblioteca. En realidad, eran incalculables los libros que ocupaban los estantes: Literatura, Historia, Filosofía, Arte, Ciencias Sociales... Doctor, le dije, ¿qué sabe sobre *Virgenes y herejes*? El doctor me miró algo sorprendido. Tenía un ejemplar, dijo, alguien se lo robó. Mientras hablábamos fuimos degustando el vino en medio de los estantes... No te conviene leer ese libro, dijo, tergiversa nuestras costumbres, nuestra tradición cultural..., es una ofensa a la religión católica. De pronto el doctor se quedó callado. Lo miré bien y advertí que se había dormido. Traté de despertarlo sin éxito. Entonces me levanté y revisé la milenaria biblioteca del doctor. Encontré libros editados en el siglo XVI... Cuando estaba hojeando el *Necronomicón* despertó el doctor. Ya sé dónde está *Virgenes y herejes*, dijo. ¿Dónde? En la hacienda de los Juárez; está enterrado... Mañana mismo iré, dije... Como tú quieras, dijo el doctor, ahora tendrás que retirarte; no sea que te asalten. Sí, me voy. No hay nadie quien te acompañe, saldrás solo, pero antes deja esos libros que te estás llevando... Ensayé una sonrisa... Está bien, te los regalo... Le estreché la mano y salí de aquel recinto majestuoso. Me tomó media hora llegar a mi cuarto. Por los efectos del vino y el cansancio me dormí enseguida.

La hacienda de los Juárez se encontraba a ochenta kilómetros de la ciudad. Casi nada quedaba de su esplendor de antaño. Las construcciones de la casa-hacienda estaban en ruinas... Aquella mañana me levanté a las cinco. Puse los recursos necesarios en la mochila. Alcé la pistola que me había regalado el buen Chiripa y partí hacia la terminal terrestre. Al llegar encontré el bus casi repleto con dos asientos libres. Después de que otro pasajero se hubo acomodado, el carro partió todavía con las luces encendidas... En el viaje pensaba en el único camino que